

Sexo



MIGUEL A. SOTO CLASS
PRESIDENTE DEL
CENTRO PARA LA
NUEVA ECONOMÍA

De lo primero que se aprende en el campo de la economía es que muchos indicadores reflejan actualidades que realmente llevan muchos años desarrollándose. Es decir, son pocas las cosas que pasan de un día a otro y menos todavía las que se pueden invertir así de rápido.

Esto es un fenómeno que no es único al campo de la economía. Igualmente podemos ver que muchos de los problemas sociales de Puerto Rico se han provocado por acciones a través de muchos años aunque no es sino hasta ahora cuando se empiezan a ver sus terribles efectos y manifestaciones.

Quizás por ser papá de dos niñas, una de las situaciones que más me preocupan sobre nuestra sociedad es la aceleración del desarrollo sexual de nuestros niños. No me considero un puritano, pero me he dado cuenta que nuestro ambiente social está provocando un desarrollo sexual prematuro en nuestros niños con efectos económicos, sociales y de salud preocupantes.

Quizás donde más fácilmente se puede apreciar este problema es en la televisión. De la televisión local no voy ni a hablar. La programación era terrible cuando había programas locales y ahora, al ser en su mayoría extranjeros, han logrado lo que parecía imposible pues son aún peores que los de aquí. Y el cable TV no ayuda mucho.

En mi casa he tenido que optar por comprar programas viejos como El Chavo del Ocho y Punky Brewster para poder ofrecerles a mis niñas algo divertido que no tenga que ver con romances o violencia.

La música también contribuye a este mal a través de canciones populares y pegajosas que contienen letras y mensajes de un contenido sexual no apto para menores, pero que claramente se mercadea para ese grupo. Y hasta la música para adolescentes e interpretada por adolescentes enfatiza temas en mi opinión inapropiados.

Sin embargo, donde más responsabilidad veo es precisa-

mente en el comportamiento irresponsable de los padres y de las madres.

Nunca me deja de sorprender el empeño que tienen estos de adscribirle a sus hijos, particularmente aquellos menores de doce años, características sexuales que no son cónsonas con su edad. Y esto se manifiesta en muchas maneras.

Se puede ver en la manera que visten a sus hijas. Recuerdo hace un tiempo atrás que fui a una tienda de zapatos con mis hijas y me encontré que la mayoría de los zapatos para niñas de cuatro y cinco años eran zapatos con tacos gigantes, como si fueran para bailarinas de Iris Chacón o modelos de "No te duermas". ¿A quién se le ocurre comprarle eso a una niña de cuatro años?

Se puede ver también en la manera que socializan a sus hijos. A los niños lo primero que le preguntan cuando aprenden a hablar es: ¿cuántas novias tienes? Y con las niñas se desbordan en decirle lo lindas que son, como si eso debería convertirse en la meta principal de su vida.

Y se puede ver en la manera que los padres se comportan frente a sus retoños. Mucho es el repudio que siento al ver una obra de niños en la escuela donde los ponen a bailar sugestivamente canciones con ritmos pegajosos, pero con temas adultos, y ver como se vuelca la audiencia de padres en gritos y silbidos como si estuvieran en un cabaret de Berlín en la década de los años 30.

¿Qué diantres están pensando estos padres? ¿Cuál es el empeño de convertir a sus hijas en pequeñas vedettes y a sus hijos en párvulos seductores? ¿Y se supone que aceptemos como genuino e inesperado su asombro y dolor cuando la niña quede embarazada a los doce años?

Todos los días amanecemos a noticias escalofriantes sobre violaciones y escenas dantescas de violencia doméstica en Puerto Rico. Ciertamente estos asuntos tienen múltiples y complicadas causas. Pero no podemos librarnos de culpa nosotros mismos pues estamos sembrando en nuestros hijos los valores equivocados, por acción o por omisión.